



extranjeros debían salir inmediatamente, adquiriendo el fisco sus bienes si no hallaban compradores.

Marcharon allí tropas para hacer que se ejecutase el intolerable decreto, y Catinat se puso al frente de ellas. Los Barbetti, recordando que los montes son los baluartes de la libertad, degollaron y salaron sus rebaños, y se retiraron á las cimas inaccesibles de los Alpes; otros tomaron las armas para defender su creencia; empezó una guerra de exterminio; se logró cercarlos á fuerza de derramar sangre, y sobre todo por el hambre, y fueron muertos ó enviados á las galeras y calabozos. Por último, se permitió á los que se habían retirado á las montañas salir del país, y encontraron asilo en Suiza. Desde allí echaban ménos la patria, y algunos quisieron recobrarla á viva fuerza; al efecto, una columna de nueve mil penetraron en ella, destruyendo cuanto se les opuso. Muchos fueron cogidos y ahorcados; pero la Saboya, habiendo roto entonces sus relaciones con la Francia, consintió en la vuelta de los valdenses, que, formándose en regimientos con esta divisa: «La paciencia se convierte en furor, si se la cansa,» causaron graves perjuicio, al Delfinado. Sin embargo, cuando se restableció la paz entre Víctor Amadeo y Luis XIV, aquél renovó su antigua intolerancia, prohibió toda comunicacion entre los valdenses y los de Francia, é intimó á estos últimos evacuar el territorio; de consiguiente, en número de dos mil y quinientos se difundieron por los cantones suizos.

Razon tenían, pues, los italianos para odiar á los franceses; pero tampoco podían estar contentos con el emperador. Poco á poco iba conociéndose que no había abandonado sus antiguas pretensiones acerca de Italia, y que estaba dispuesto á hacerlas valer en el momento en que dejasen de tenerle á raya los franceses. Habiéndose declarado ofendido por el duc de Génova un oficial imperial, Viena pidió una reparacion, y tardando en recibirla, envió gente armada; y la república tuvo que pagar 300.000 mil escudos para los gastos, y dar además las satisfacciones necesarias.

También un tal Martiniz, embajador aus-

tríaco cerca del papa, renovó las insolencias del de Luis XIV, por motivos aún más frívolos, como la precedencia en las procesiones y las ceremonias de etiqueta; y fué tan obstinado, que para vengarse, indujo al emperador á restablecer las antiguas preeminencias feudales, obligando á los poseedores de feudos á justificar la posesion bajo pena de caducidad; medio el más apropiado para turbar toda la Italia, y especialmente el Piamonte, que para librarse de él se hubiera echado en brazos de la Francia. España desaprobaba este modo de turbar en sus propiedades á los nobles de Milan, Sicilia y Cerdeña; é Inocencio XII se declaró defensor de la independencia italiana, y con sus enérgicas representaciones consiguió que el César revocase el edicto.

Inocencio, que recelaba mucho del imperio, había trabajado para conseguir que los príncipes de Italia se coligasen con el fin de evitar las guerras y las usurpaciones; pero Clemente XI, su sucesor, conoció cuán difícil de arreglar era esta union, y su ineficacia para aquel objeto, decidiéndose más bien á ser mediador entre Austria y Francia, persuadiéndolas á que dirigiesen sus iras contra los turcos para arrojarlos de Europa. Pero eran estos consejos muy poco importantes cuando se armaban aquellas potencias para disputarse la sucesion de España. Italia, que no tenía interés alguno en esta cuestion, fué arrastrada á una guerra que la perdió, y abatió y elevó alternativamente á todos sus príncipes, recibiendo al fin una nueva organizacion, y quedando siempre al arbitrio de los más fuertes.

Luis XIV y el emperador Leopoldo hicieron grandes esfuerzos para conseguir de Clemente XI que les confiase la investidura del reino de Sicilia; pero aunque le ofrecieron dos provincias del Abruzzo, el papa la negó á ambos, dispuesto á permanecer neutral, como conviene al padre de la cristiandad; y se dirigió hácia los italianos para hacer ménos triste una guerra inevitable. Venecia protestó que permanecería neutral; Fernando, duque de Mantua, hombre jovial y entregado á las mujeres, mientras que se manifestaba dispuesto á derramar la sangre por la causa italiana, tra-



taba con los franceses y dejaba que ocupasen su ciudad, donde aquellos pudieron dictar leyes á los duques de Módena y de Parma. Pero la fuerza principal residía en el duque Víctor Amadeo. Había heredado éste de sus padres una buena reputacion guerrera y política, lo que era un atractivo para realizar grandes cosas, á las cuales le impulsaba también la grandeza de su ánimo. Francia le tenía sujeto por medio de Casale y Pinerol, por lo cual en un tratado celebrado en los carnavales de Venecia, se había unido á la gran liga que se formó contra Luis XIV. Habiendo sido nombrado generalísimo de los ejércitos imperiales en Italia, se había colocado al lado de los mayores generales en la jornada de Staffarda; pero despues sucumbió ante Catina, de modo que perdió el Estado. Entonces los franceses hicieron al Piamonte una guerra bárbara. Catinat, más humano, decía: «*Qué haremos? Téngase compasion de los desgraciadísimos pueblos;*» pero Louvois le respondió: «*Qué hareis? Quemar y despues quemar.*» Y así lo hicieron; y las ciudades tomadas y vueltas á tomar, las conspiraciones ensayadas, la rabia francesa, la no ménos perjudicial amistad española, y el valor de Catinat y del príncipe Eugenio, hicieron miserableísimo aquel tiempo, que otros encontrarán glorioso por sus empresas militares. El duque de Saboya, el marqués de Leganéa, el príncipe Eugenio, y lord Galway, sitiaron á Casale, que era el centro de operaciones, y despues de tomarla la desmantelaron y la restituyeron al duque de Mantua.

Pero Víctor había encontrado más conveniente la política fluctuante, y desertó de los aliados, declarándose contra Luis XIV, con lo cual inclinó desde luego la balanza; recobró á Pinerol y Casale; y hecho así independiente, pudo lanzarse á mayores tentativas, para lo cual le presentó, buena ocasion esta guerra de sucesion. Entonces, alegando que era biznieto de Catalina, hija de Felipe II de España, se colocó entre los aspirantes al trono de esta nacion; y en una division que se propuso, se trató de darle todo el Milanesado, con tal que cediese la Saboya, el valle de Barceloneta y el condado de Niza. No habiéndose verificado este

convenio, principiaron las hostilidades, en que Víctor no se decidió por Francia ni por el imperio, sino que sólo trató de salir adelante en medio de la tempestad para llegar al puerto deseado. Aunque debía tener algun recelo por hallarse situado en medio de los franceses si conquistaban el Milanesado, sin embargo, conociendo que el hacer otra cosa la expondría á continuos ataques, reconoció á Felipe V y le dió por esposa una hija.

Milan había prestado obediencia á Felipe; también en Nápoles fué aclamado; pero algunos republicanos creyeron que era el momento oportuno para recobrar la independencia; los barones, incitados por Leopoldo, conspiraron en favor de éste, pero no siendo secundados por el pueblo, sucumbieron. Leopoldo sólo puede esperar ya en las armas, y fortaleciéndose con varios aliados, envió un ejército con el famoso príncipe Eugenio, al cual se opusieron Catinat y Vaudemont.

Eugenio despues del admirable paso del monte Pergola descendió al Adigio, favorecido ocultamente por Venecia y por el fluctuante Víctor; en Chiari derrotó completamente al presuntuoso Villerói, que había sucedido al prudente Catinat; en Cremona lo sorprendió, pero por la noche fué rechazado de nuevo por los franceses.

Entonces pasó á Italia desde Francia el duque de Vendome, hombre obstinado soberbio y perezoso, pero afortunado; y los franceses prosperaron, hasta que Víctor, por razones añejas y pretextos nuevos, se separó de Francia, y celebró el tratado de Turin con el emperador, que prometía tener siempre en el Piamonte catorce mil infantes y seis mil caballos, dando al duque el mando general del ejército en toda la Lombardia con 80.000 escudos al mes, además de cederle el ducado de Monferrato, separando del Milanesado, Alejandría, Valenza, la Lomellina, y la Valsesia, y un camino para que se comunicasen estas dos provincias; prometiéndole nuevas recompensas por las futuras conquistas, y principalmete el Vigevanasco.

Pero Víctor, atacado repentinamente por los franceses, perdió la Saboya, el Nizardo, y parte



del Piamonte, no quedándole más que Cuneo y Turin, por lo cual envió su familia á Génova. Vendome, lleno de gloria por las victorias de Cassano y de Calcinato, fué llamado á Francia para oponerse á Marlboroug, siendo reemplazado por el duque de Orleans, que puso sitio á Turin. El valor de los piamonteses, la fidelidad, que era lo que inspiraba el valor, y la victoria que le coronó, harán memorable para siempre aquel sitio, que el Piamonte celebra anualmente con una fiesta á Nuestra Señora de Superga, cuya capilla fué erigida en cumplimiento de un voto de Víctor. Este fué recibido triunfalmente en la redimida ciudad, recobró sus tierras y tomó posesion del Monferrato y de la parte de Milan que le habian cedido, y pidió el Novarés y el Vigevanasco, que le habian sido prometidos secretamente.

La Francia perdió entonces toda esperanza de poseer la Lombardia, que fué cedida por el emperador José I á su hermano Carlos. El ducado de Mántua fué tambien agregado al imperio, proscribiéndose al duque, acusado de felonía, y que, recibiendo una pensión de Francia de 400.000 francos, dividió sus vicios entre Pádua y Verona; con él concluyó una rama de la casa de Gonzaga. Tambien el príncipe de Castiglione y Francisco Mario Pico, duque de la Mirandola, perdieron sus países, que fueron ocupados por el emperador, y se retiraron á vivir como nobles particulares á Venecia. Reinaldo de Módena, que se habia unido al imperio, fué desposeido por los franceses; pero el emperador le volvió el poder, vendiéndole además la Mirandola. El papa Clemente XI habia tenido que sufrir los insultos y los daños que hicieron á su estado los alemanes; excomulgó á los imperiales por la invasion de Parma y Placencia; pero no pudo impedir que pasasen cerca de Roma para ir á conquistar el reino de Nápoles. Dirigidos éstos por el general Daun, defensor de Turin, mientras que dormian España y Francia, entraron á la deshilada en Nápoles, prometiendo conservar los antiguos privilegios.

No pudieron tocar á la Sicilia; pero para vengarse del papa, el emperador ocupó á Comacchio, é invadió todo el patrimonio de San Pe-

dro, hasta que Clemente convino en celebrar un pacto bastante favorable.

La Cerdeña estuvo sometida á Felipe V hasta que la ocuparon los austriacos, ayudados por la escuadra inglesa. Esta codicia del Austria, echó por tierra los proyectos de sus confederados, pues aprovechando el espanto que causó la derrota piamontesa, hubieran podido hacer una guerra terrible á la Francia, que estaba desprevenida; pero con aquella distraccion de fuerzas sólo consiguieron hacerse impotentes. Además, el engrandecimiento del emperador les inspiraba recelos; y el nuevo ministerio inglés daba otra direccion á la política, de manera que tuvieron que pensar en la paz.

La reina Ana, que estimaba mucho á Víctor por su valor, hizo poner entre las primeras condiciones de la paz de Utrecht, que se le cediese la Sicilia con el título de rey que deseaba ardientemente Víctor; además, le fueron restituidos el condado de Niza, el valle de Pragela y otros, quitándole el de Barceloneta; de modo que separaba sus Estados de la Francia la cresta de Monginebra. El emperador conservó todo lo que poseia en Italia, es decir, el reino de Nápoles; el ducado de Milan, la Cerdeña, y los puertos y presidios en las playas de Toscana. La España, que habia estado amenazando por espacio de dos siglos conquistar toda la Italia, no consiguió ni un palmo de terreno.

La Sicilia celebró con fiestas la coronacion de Víctor Amadeo; pero cuando le vió volverse á su Piamonte le odió como á un extranjero, además de que desagradaba cada vez más á la viveza meridional su reserva piamontesa. Víctor despues se enemistó con el papa á causa del tribunal de la monarquía; por cuya razon se hizo desgraciado su país con excomuniones, penas y destierros, hasta que cambió su isla por la Cerdeña.

Venecia habia desplegado tambien un valor espléndido en la guerra de Candía (1645-69), en que se enriquecieron los nobles, mientras se empobrecia el Estado, y se agotaba el fondo de reserva, llamado el *arca grande*. Para conseguir el dinero necesario, la república sacó en almoneda el cargo de procurador de San Márcos al precio de 25.000 ducados; aumentándolo



desde 3 á 6 y despues á 41, habiendo quien lo pagase á 100.000 ducados: tambien se hicieron nobles por dinero, entre ellos algunos forasteros; y con añadir sesenta y siete familias al libro de Oro, adquirió el Erario 8.000.000 de ducados. El papa dejó que la república retuviese los bienes de los abolidos crucijeros y jesuatos, condescencia recompensada con admitir á los jesuitas: se abolieron los préstamos que pasaban del 7 por 100, y despues se redujeron los intereses. Venecia desplegó aún gran vigor en

los consejos y valor en las armas en la nueva guerra con la Turquía, que concluyó con la paz de Carlowitz, en la cual se determinaron sus relaciones con la Puerta mientras subsistiese. En la guerra de sucesion quiso permanecer neutral; pero no estando bastante abastecida de soldados, se vió tan expuesta á los insultos de ambos partidos por tierra y por mar, que perdió la reputacion que habia adquirido en la guerra de Candia.